

PODER LOCAL Y SENTIMIENTO REALISTA EN LA INDEPENDENCIA DE SANTA MARTA

Jorge Conde Calderón*

Introducción

Aunque reconocida por la historiografía colombiana como Realista durante el período de la Independencia, tal actitud de la ciudad de Santa Marta no ha sido examinada con mayor detalle. Solo ha sido objeto de juicios "aprisionados" por los acontecimientos de la época o por caracterizaciones carentes de bases explicativas del fenómeno en cuestión.

Al primer caso corresponden las afirmaciones de José Manuel Restrepo, quién concibió el "Fidelismo Samario al Rey" porque la ciudad sufrió "la opresión del gobierno de Cartagena...las tropelías de su teniente Labatut" y las acciones ejecutadas por los "indios estúpidos del pueblo de San Juan o de la Ciénaga"¹. En el segundo caso entra el trabajo de Ernesto Restrepo Tirado que atribuye la actitud realista de Santa Marta a que esta se hallaba incontaminada del "cambio de ideas sociales"². Esta versión es

recogida por Roberto M. Tisnés³ y, recientemente, Adelaida Sourdis Nájera⁴.

Si bien algunos de estos aspectos tienen su importancia, necesitan ser revisados en un contexto mucho más amplio acompañados de un tratamiento metodológico que incorpore tanto nuevos trabajos como nuevos documentos e interpretaciones. Esto conlleva a plantearnos lo siguiente: ¿Qué factores históricos y geográficos incidieron en el realismo asumido por la ciudad de Santa Marta? ¿Fue un fenómeno coyuntural o estaba articulado con los conflictos locales existentes que tenían sus precedentes en la historia hispanoamericana? ¿Fue el realismo un fenómeno ideológico, combinado con una mentalidad defensiva influida por la geografía de ese espacio, que adquiere mayor fuerza después de 1810? ¿Cómo se fusionó el fervor religioso, el particularismo del poder local, la participación de los sectores populares y la anarquía endémica con el movimiento realista de resistencia en Santa Marta?

* Profesor de Historia, Universidad del Atlántico.

1 José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de Colombia* (Medellín, Editorial Bedout, 1974), Tomo 1, pp. 276 y 298.

2 Ernesto Restrepo Tirado, *Historia de la Provincia de Santa Marta* (Bogotá, Imprenta Nacional, 1975), p. 491.

3 Roberto M. Tisnés J., *La independencia de la Costa Atlántica* (Bogotá, Editorial Kelly, 1976), pp. 158 y 159.

4 Adelaida Sourdis Nájera, "Ruptura del estado colonial y tránsito hacia la república, 1800-1850". En, Adolfo Meisel Roca (editor), *Historia económica y social del Caribe colombiano* (Santafé de Bogotá, Coediciones Uninorte-Ecoe, 1994), p. 166.

El presente ensayo describe y analiza la constitución del poder local y el surgimiento del sentimiento realista desarrollado por la ciudad de Santa Marta durante el período de la independencia, 1810-1824. En él se plantea la actitud de lealtad hacia España como elemento ideológico que marcó una impronta en la vida de ese centro urbano.

En este sentido, el realismo no solo es concebido como un peligro externo sino también como una ideología, cuyo fundamento eran las rivalidades entre diferentes poblaciones, pero que terminó convertida en hechos decisivos como fuente de significaciones y actitudes sociopolíticas. Desde esta perspectiva, las lealtades realistas, tanto en Santa Marta como en otros lugares de la Nueva Granada, donde estuvieron presente, son consideradas a través de su propia retórica, símbolos y metáforas sustentadas en la tradición.

Contexto geográfico

La ciudad de Santa Marta está ubicada en el extremo norte de la geografía neogranadina, sobre una amplia bahía bañada por el mar Caribe prácticamente encerrada por un semicírculo montañoso formado por la granítica Sierra Nevada de Santa Marta, accidente costero donde se localizan las mayores alturas del país. Al frente de la ciudad, mirando hacia el mar, está el Morro, un promontorio rocoso de unos sesenta metros de altura, donde existía un fuerte con sus respectivas baterías que constituían el sistema defensivo de la ciudad. Estas características geográficas determinaban la tranquilidad del puerto, pero un penoso aislamiento de la ciudad, que desde su fundación, en 1525, mostró ser pequeña (su población se aproximaba, en 1810, a los 3.000 habitantes),

pobre e incapaz de poder lograr un control hegemónico sobre su espacio provincial⁵.

Ese "encerramiento", algo muy relativo, como factor geográfico incidió de modo peculiar en la personalidad propia de la ciudad, pues, aunque también la geografía le ofrecía una frontera marítima con un amplio horizonte caribeño, este fue, en cierto sentido, menospreciado por sus pobladores, más inmersos en un secular estatismo y quietismo que afloró con toda su fuerza después de 1810⁶.

Pero, como ha sido examinado para el mismo caso de España por un historiador inglés, ese fue el ambiente propicio donde prosperó el tradicionalismo español que transformado en un movimiento de violenta insurgencia identificó, en la época revolucionaria, al liberalismo de corte hispánico con el regicidio y con el ateísmo⁷. Además, como principal centro urbano de la Provincia, la ciudad de Santa Marta conoció la fundación de otras

5 Jorge Conde Calderón, "Entre lo geoestratégico y la "busqueda" del Estado: La expedición Fidalgo en la Costa Atlántica, 1790-1805". *Huellas (Revista de la Universidad del Norte*, N° 34, Barranquilla, abril de 1992), p. 31.

6 Es muy significativo que a solo tres días de viaje de Kingston (Jamaica), la élite samaria, por demás acusada con frecuencia de contrabandista, jamás logró desarrollar unas intensas relaciones comerciales con esta isla caribeña, que durante la independencia fue lugar de refugio de los revolucionarios americanos y en el período colonial abasteció de mercaderías inglesas, por la vía del contrabando, a los territorios americanos. Sólo, en 1810, el santafereño Agustín Gutiérrez Moreno, quien arribó a Santa Marta promediando el año 1808, y, a la sazón, era secretario de la Junta Suprema de esta ciudad, viajó en la goleta Fernando VII, propiedad de don José María Martínez Aparicio, en misión secreta a Jamaica para entrevistarse con el gobernador de esa isla con el fin de sondear las intenciones del gobierno británico. Véase, Ignacio Gutiérrez Ponce, *Vida de don Ignacio Gutiérrez Vergara y episodios históricos de su tiempo (1806-1877)*, (Londres, Imprenta de Bradbury, Agnew, Cía Lda, 1900), Tomo primero, p. 74 y ss.

7 Brian R. Hamnett, *La política española en una época revolucionaria, 1790-1820* (México, Fondo de Cultura Económica, 1985), p. 31.

tres ciudades, Riohacha, Valledupar y Tamalameque, y la villa de Tenerife. El inmenso espacio de la Provincia de Santa Marta era una extensa llanura de tierras bajas y planas moldeadas por los ríos Magdalena y Cesar. En él estaban asentados diversos grupos indígenas (guajiros, taironas, chimilas, aguios, argollas, oregones y caribes), que presentaron una resistencia permanente a la dominación española.

Empero, en el transcurso del siglo XVIII, exactamente entre 1744 y 1770, se adelantó la política borbónica de poblamiento por el Maestre de Campo José Fernando de Mier y Guerra, en un claro intento por acabar con la secular resistencia indígena. Este funcionario y militar español, y además uno de los más poderosos hacendados de la comarca, llevó a cabo la fundación, reordenamiento y repoblamiento de 22 "nuevas poblaciones de libres", algunas de las cuales participaron de manera decisiva en el movimiento de independencia con una abierta desobediencia a Santa Marta, tal fue el caso de Sitio Nuevo, Guáimaro, Chiriguaná, y la misma Valledupar⁸.

Igualmente, como capital provincial y puerto marítimo, Santa Marta, siempre mantuvo conflictos jurisdiccionales y una rivalidad comercial con su vecina de la banda derecha del río Magdalena, la ciudad de Cartagena de Indias, capital de la provincia del mismo nombre. Este elemento estaba inmerso en los conflictos locales existentes, que tenían sus precedentes en la historia hispanoamericana y serían relevantes, después de 1810, cuando comienza el movimiento de independencia y

la lucha por alcanzar la preeminencia política enfrenta a las dos ciudades caribeñas en una extenuante guerra civil.

Todos esos hechos son significativos para precisar el sentido asumido por "El Fidelismo Samario al Rey", caracterizado por un claro matiz sociopolítico, que se concentró en el principal centro urbano, mientras el resto de la provincia mostró un realismo variopinto. Con este concepto queremos identificar que el realismo asumido por algunas poblaciones de la Provincia de Santa Marta fue de una variedad de matices determinados por la coyuntura independentista, ya fuera para despojarse del régimen jurisdiccional a que estaban sometidas o porque la "Fidelidad al Rey" les fuera impuesta, en más de una ocasión, por las milicias reales acantonadas en el puerto de Santa Marta. Un ejemplo de esto último aconteció con la población de Tenerife, que luego de declararse afecta a la causa patriota, fue sometida militarmente por las fuerzas realistas enviadas por Santa Marta el 28 de diciembre de 1811⁹.

Juntistas, realistas y catalanes

En el año de 1810, rico en fechas simbólicas, fueron constituidas juntas supremas en casi todas las poblaciones de la Nueva Granada, las cuales tenían como denominador común reconocer la soberanía de Fernando VII. En la mayoría de esas juntas se perfilaron desde el primer momento dos fracciones partidistas: la patriota proclive a la formación de un "gobierno libre" y la realista que proclamaba

8 Luis Alarcón Meneses, "Espacio, poblamiento y variaciones territoriales en el Estado Soberano del Magdalena". Historia Caribe (Vol. I, Nº 1, Barranquilla, 1995), pp. 39 y ss.

9 Manuel Ezequiel Corrales (Compilador), Documentos para la historia de la Provincia de Cartagena hoy Estado Soberano de Bolívar, en la Unión Colombiana (Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1883), Tomo 1, pp. 423 y 424.

fidelidad a ultranza al Rey. Dos extremos que, en algunos lugares de Hispanoamérica, fueron equilibrados por la existencia de una fracción intermedia que aglutinó elementos tradicionalistas que reconocían al soberano, pero eran partidarios de la autonomía y de las libertades-privilegios de los antiguos cuerpos donde el cabildo y las juntas ocupaban un lugar privilegiado.

En la ciudad de Santa Marta no existió esa fracción intermedia, punto de equilibrio entre la acción representada por los juntistas del 10 de agosto de 1810 y la reacción asumida por el fiopismo o partido de la Regencia, que con el patrocinio de los catalanes disolvió la junta suprema el 22 de diciembre del mismo año. La influencia catalana, en el poder local samario, era de vieja data y estaba vinculada con el control ejercido sobre las actividades económicas de la ciudad. Este aspecto sirvió de catalizador en la secular rivalidad mantenida con Cartagena. Los comerciantes catalanes, que en número apreciable se habían establecido en Santa Marta, lograron obtener, después de un largo conflicto con los comerciantes gaditanos establecidos en Cartagena, la concesión para exportar palo de tinte, abundante en la provincia de Santa Marta, llevarlo a las colonias extranjeras del Caribe y traer de ellas al Nuevo Reino, pólvora, harina y otras provisiones para el establecimiento militar en Cartagena.

Personaje clave en ese negocio fue el comerciante catalán Gerardo de Oligos que llegó a Santa Marta en 1777 y entró en el comercio con las colonias extranjeras durante la guerra de 1779-1783. Cuando este comercio continuó después de la guerra, él fue favorecido por el virrey Antonio Caballero y Góngora, quien intercedió personalmente ante las autoridades holandesas cuando Oligos fue defraudado por los comerciantes de

Curazao¹⁰. Desde entonces contó con un permiso especial, heredado a su muerte por su hijo Pablo de Oligos, quien como comerciante y vecino de Santa Marta se postuló, en 1788, para regidor del cabildo de esa ciudad, dando inicio a una influyente carrera en las esferas del poder local, que aumentó con el título de Capitán de las Milicias Reales, lo que le permitió, en 1810, ser encargado por la junta gubernativa provincial de la defensa de la ciudad y, al año siguiente, comisionado por el virrey electo Benito Pérez para dirigir con cuarenta hombres "un buen suceso militar realista" contra los patriotas cartageneros apostados en la población ribereña de Guáimaro¹¹.

Ahora bien, en Santa Marta la ausencia de un sector tradicionalista intermedio polarizó desde temprano la lucha entre los juntistas, que solo deseaban alcanzar la autonomía reconociendo la autoridad real, y los realistas que simbolizaban la tradición española recorriendo las calles de la ciudad "usando en los sombreros una cinta de raso color de fuego ó carmesí, del ancho de medio listón, y rodeando toda la copa con el letrero: VENCER O MORIR POR MI REY FERNANDO VII"¹².

Ese tipo de representaciones reafirmaban la fidelidad a España y terminaban subrayando el papel maternal de ella con relación a América. Pero también llevaban al realismo

10 McFarlane, Anthony. "El mercantilismo borbónico y la economía americana: La Nueva Granada en la época del comercio libre, 1778-1795". Anuario de Estudios Americanos, Nº XLVII, 1990. p. 345.

11 Sobre la postulación de Pablo de Oligos, Archivo General de la Nación (A. G. N.). Empleados Públicos del Magdalena. Tomo XII, f. 735-752. Para su actuación en el movimiento independentista, Corrales, Manuel Ezequiel (Compilador). Op. Cit. Tomo 1, p. 139.

12 Carta de Don Agustín Gutiérrez Moreno a Don José Gregorio Gutiérrez Moreno, Santa Marta, 15 de Diciembre de 1808. En Gutiérrez Ponce, Ignacio. Op. Cit. p. 44.

criollo a aceptar que la relación imperio-colonia, como relación padre-hijo, fuera una alusión frecuente a la metáfora de la familia en su sentido tradicional, en donde, América debía a España cualquier asomo de civilización, traducida ésta en la lengua, religión y costumbres recibidos de la Madre Patria¹³.

Por lo general, quienes practicaban esos desfiles y realizaban esas demostraciones públicas eran los miembros de la burocracia imperial que ocupaban los puestos civiles en la administración local y los españoles vecinos y transeúntes de confianza que, en promedio, no alcanzaban "sino unos doscientos españoles europeos", y lo cual, por representar una minoría expuesta a las amenazas de los "espíritus inquietos, adictos al sistema de gobierno de Cartagena", motivaba la preocupación de Tomás de Acosta, el gobernador español de la provincia. Para entonces, mediados del año 1811, el dominio del "partido realista" era absoluto, se había disuelto la Junta provincial y el gobierno era ejercido por el gobernador y el cabildo¹⁴.

Pero, aunque el sistema de gobierno de Cartagena constituía una pesadilla para el gobernador de la Provincia de Santa Marta, existían notables diferencias con su vecina, principalmente entre las dos ciudades, con relación a su composición y movilidad social,

crecimiento económico, movimiento portuario y vida cultural que le definió un marcado carácter "plebeyo" y "bullicioso" al proceso independentista cartagenero, cuya animación estuvo a cargo del fuerte sector de los artesanos mulatos¹⁵.

Aspecto evidente con la pluralidad de "partidos", algunos de ellos con sólido apoyo popular, como lo fueron el de los aristócratas o autonomistas comandado por el hacendado José María García de Toledo y el de los demagogos liderado por los hermanos Gutiérrez de Piñeres que proclamó, desde el primer momento, la independencia absoluta y, además, contó con una mayor base popular. Pero, en fin, ambos estuvieron opuestos a la implantación de alguna forma de realismo. Estos elementos, unidos al papel de término medio desempeñado por los autonomistas, en el conflicto a muerte contra el sector del "Fidelismo" y el Monarca español, evitó que prosperara internamente cualquier posibilidad de "ofensiva realista" en los sucesos revolucionarios de Cartagena¹⁶.

Además de la existencia de ese término medio y de una significativa fuerza popular representada por el sector de los artesanos mulatos, Cartagena conoció una polarización en el interior de las milicias reales, ya que, al estar divididas en un Batallón de Blancos integrado por españoles europeos que, en su gran mayoría, eran leales al Rey, un Regimiento Fijo, un Batallón de Pardos y los

13 Véase Hans-Joachim Kouing, *En el camino hacia la Nación* (Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1994), pp. 224-230.

14 Manuel Ezequiel Corrales. *Op. Cit.* Tomo 1, pp. 338-339. Para lo de la burocracia en Santa Marta, Alarcon, José C. *Compendio de historia del Magdalena* (de 1525 hasta 1895) (Bogotá, Editorial El Voto Nacional, 1963) p. 71. Enfatizar en la fe católica y "desarraigar las semillas de irreligión sembradas por los sediciosos" constituyó parte esencial del discurso cotidiano del realismo samario, con este objeto se fundó la Asociación de Nuestra Señora del Carmen, en 1817. Ernesto Restrepo Tirado, *Op Cit.* p. 548.

15 Sobre el papel y proyección política de los artesanos mulatos en la Independencia de la República de Cartagena, es imprescindible la lectura del capítulo cuarto del sugerente y polémico libro de Alfonso Múnera. *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano* (1717-1810), (Bogotá, Banco de la República - El Ancora editores, 1998), Cap. IV, pp. 173-215.

16 Para el desarrollo de estas ideas ha sido básico el texto ya citado de Hamnett, Brian R. *La política española en una época revolucionaria, 1790-1820*, especialmente el capítulo VI, pp. 164-183.

Artilleros Morenos fue visible un equilibrio de fuerzas, por cuanto el contingente de éstos tres últimos cuerpos era reclutado de los sectores plebeyos que de esta manera se permitían, a través de la carrera militar, alguna movilidad social que la terminaban reforzando con los privilegios concedidos por el "fuero militar"¹⁷.

Por el contrario, en Santa Marta, a la ausencia de un "partido" como el de los aristócratas cartageneros, se adicionó el carácter minoritario de los partidarios de la autonomía, en la primera Junta del 10 de agosto de 1810, la pobreza de los "partidos" en contienda, hasta en sus símbolos y representaciones heredados de lo más tradicional de la sociedad hispanoamericana; el que la movilización de los sectores populares recayera en los indígenas, otro estamento portador de las tradiciones y las costumbres más características de la sociedad hispana, y que las milicias reales fueran un cuerpo homogéneo integrado por blancos o españoles europeos.

Parte de esta situación se percibe en la lectura de una carta del 5 de agosto de 1810, cinco días antes de la constitución de la Junta Superior Provincial de Santa Marta, escrita por un contemporáneo de los acontecimientos revolucionarios en esa ciudad. La comunicación dirigida a su hermano radicado en Santafé describía esos eventos previos al 10 de agosto en los siguientes términos:

"Se ha proyectado poner el cabildo con el número completo de los doce regidores que debe tener, pues ahora solo tiene cinco; pero éstos han de ser elegidos por el Cabildo, y no

por el Gobernador. El fin es formar un partido pujante contra éste, que tiene a su favor tres de los actuales regidores, quienes, sin embargo de ser patricios, se venden infamemente á sus intentos y le adulan, bien que esto procede de su ignorancia. Formado ya el Ayuntamiento, se le plantarán dos zarcillos al Gobernador, como lo hicieron en Cartagena; y siendo él tan déspota y engreído, es preciso que le suceda lo mismo que á Montes. Ha llamado a algunos zambos, y tratado de conquistarlos para que estén á su favor en cualquier lance; pero ellos mismos, que fueron los que revelaron la confianza, han dicho que nunca, en ningún tiempo, serán del partido del Gobernador; y es muy creíble, porque todos lo aborrecen, á causa de no haber uno á quien no haya hecho daño con motivo de los contrabandos. Todos hablan con la mayor libertad, desean con ansia la reforma del gobierno, y el jueves 9 del corriente es el día destinado para tratar de completar el Cabildo. Se han propagado varios papeles, como son un escrito de Nariño al Cabildo de Cartagena pidiendo su libertad; un oficio de Sotomayor, cura de Mompo, al Cabildo de aquella villa; otro de Salazar y Piñeres, y la vista ó pedimento de Herrera, solicitando la formación de Junta en esa capital: todos á cual mejor, y esto ha entusiasmado á los criollos, de manera que no se habla de otra cosa ni se ve sino criollismo y ardor..."¹⁸.

Por otro lado -como insistimos arriba- las condiciones sociales y la población de Santa Marta eran distintas a las de Santafé, y mucho más a las de Cartagena, y para que hubieran permitido la germinación de un movimiento emancipatorio de las proporciones del que hubo en esas dos ciudades.

17 Véase A. G. N. Censos varios. Tomo 6. f. 256r. Para lo del fuero militar, Allan J. Kuethe, *Reforma militar y sociedad en la Nueva Granada, 1773-1808* (Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1993), pp. 103-142.

18 Carta de Don Agustín Gutiérrez Moreno a Don José Gregorio Gutiérrez, Santa Marta, 5 de Agosto de 1810. Gutiérrez Ponce, Ignacio. *Op. Cit.* pp. 73-74.

Indígenas y militares

La población indígena, importante por su número y organización en la Provincia y alrededores de la ciudad de Santa Marta, desempeñó un papel decisivo en el mantenimiento del orden colonial y del pacto establecido por la Corona a través del pago del tributo¹⁹.

Ante la ausencia de un artesanado urbano²⁰, que sirviera de factor movilizador y punto de apoyo a alguno de los "partidos" enfrentados, y con el fin de inclinar la balanza en favor de la causa del Rey, la élite de poder en Santa Marta jalonó la participación indígena. La movilización de los indios de Bonda, los de Mamatoco, los de Gaira, los de Taganga y los de Ciénaga, aparte del influjo de la Guajira, estuvo definida por el peso de la tradición y de las costumbres, sustentadas en "dimensiones mayores" como el Poder, la Fe, la Autoridad, el Trabajo, la Pasión, el Amor y el Prestigio y contra las cuales tenían que luchar las nuevas reivindicaciones republicanas que, tal vez, poco o nada decían a los indígenas²¹.

Para ellos, y sus autoridades, era más representativa y simbólica la condecoración concedida por el Ayuntamiento samario al



cacique de Mamatoco Antonio Núñez, y a cada uno de "los demas pueblos de indios", durante la festividad del 5 de marzo de 1814, como aniversario de la recuperación de la plaza de Santa Marta por las autoridades realistas con "la expulsión de la tropa del gobierno ilegal de Cartagena". En una ceremonia donde "se hizo tremolar el pendón real", cumplir los rituales religiosos y la misa solemne a la patrona del pueblo Nuestra Señora de la Concepción²².

Eventos similares fueron realizados tres días después del arribo de la expedición de don Pablo Morillo, la que había acontecido el 22

19 Un conocimiento de la organización, magnitud y número de tributarios de la población indígena de la Provincia de Santa Marta lo proporciona el padrón de los pueblos de indios realizado en 1804, véase A. G. N. Censos varios, Tomo 6, f. 583 al 600 y Tomo 8, f. 294 al 318. El sólo pueblo de San Jacinto de Gayra, donde predominaba entre las autoridades indígenas el apellido Manjarrés, tenía 91 tributarios en un total de 246 almas. Tomo 6, f. 583-587.

20 Un viajero que arribó, en 1828 a la ciudad de Santa Marta, señalaba que "No había nadie que ejerciera alguna industria de alguna importancia...". Lemoyne, Augusto Viaje y estancia en la Nueva Granada. (Bogotá, Editorial Guadalupe, Biblioteca Schering Corporation U.S.A.), 1969, p. 19.

21 Alarcón, José C. *Ibid.* Para lo de las dimensiones mayores Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*, (Barcelona, Editorial Gedisa, 1989), p. 33.

22 Corrales, Manuel Ezequiel. *Op. Cit.* Tomo 1, p. 624. También, Restrepo Tirado, Ernesto. *Op. Cit.* pp. 530 y 531.



de julio de 1815. Durante la fiesta del apóstol Santiago, el pacificador condecoró "la bizarría, honradez y lealtad del cacique de Mamatoco de ochenta años de edad" con una medalla de oro, en cuyo anverso estaba grabado el busto del Rey y en el reverso la inscripción: "A los fieles y leales al Rey"²³.

El Rey no solo aprobó lo hecho por Morillo sino que también le concedió a Antonio Núñez el grado y sueldo de capitán y la cruz de la real Orden Americana de Isabel la Católica, y ordenó que pasará a manos de su hijo Juan José, por la ayuda prestada a su padre para expulsar al "usurpador francés Labatut", la referida medalla de oro y el derecho a heredar el cacicazgo. Además, a pedido de los indígenas, se limitaron las contribuciones, rebajando a dos los cuatro pesos que pagaban. Política ésta que reforzaba la fidelidad indígena manteniendo la tradición del tributo, aún, a expensas del "perjuicio que las cajas reales pudieran sufrir con la rebaja"²⁴.

Estos elementos permiten una explicación de la mentalidad fidelista de los indígenas samarios que, prácticamente, mantuvieron solos la resistencia y defensa de ese baluarte del realismo hasta el año 1823 cuando la ciudad de Santa Marta fue ocupada por las fuerzas patriotas al mando del general Mariano Montilla.

Este cuadro fue dibujado por el capitán de la fragata inglesa Andromache, Charles Stuart Cochrane, que registró en su diario de viaje y residencia en Colombia, cuando desembarcó en ese puerto como una ciudad con "las más deplorables escenas de ruina y destrucción. Los indios ocuparon el lugar tres semanas antes

de que llegara el general Montilla y lo retomara, cometieron toda clase de desatinos, y, literalmente despedazaron el lugar"²⁵.

En efecto, los defensores del realismo habían abandonado la ciudad, y la mentalidad defensiva de los indígenas, que siempre había estado por encima de los vecinos samarios y su élite dirigente, aprovecharon su poder en favor propio con abusos y excesos muy llamativos de un proceso revolucionario donde las retaliaciones eran del dominio general. Labatut las había iniciado cuando ordenó, el 13 de febrero de 1813, se recojan "a todos los españoles y catalanes... y se embarguen sus haciendas, propiedades y cuantos bienes tuviesen, permitiéndoles sólo las ropas de su uso"²⁶. El mismo comportamiento fue asumido por los realistas cuando retomaron el poder y practicado por los militares contra cualquier veleidad juntista en el interior de su cuerpo.

Inicialmente, con el señalamiento a quienes siendo "hijos del país, condecorados y pudientes...arrastran con ofrecimientos, seducciones y dádivas la mayor parte del bajo pueblo". Entre esos "seductores nombra por principales la voz pública" al Coronel de Milicias don José Munive, a los capitanes de los mismos don Pascual y don Francisco Javier Granados, los que se acompañaban de don Venancio Granados, el cura de la Santa Iglesia y "otros que suenan menos"²⁷. La tarea se completó con el juicio seguido al teniente Manuel María Bravo, "sospechoso al pueblo de Santa Marta y a los indios", por sus acciones cuando fue arrojado Labatut. Razón

25 Stuart Cochrane, Charles. *Viajes por Colombia 1823 y 1824*. (Santafé de Bogotá, Biblioteca V Centenario Colcultura, 1994), p. 38.

26 Restrepo Tirado, Ernesto. *Op. Cit.* p. 542.

27 Corrales, Manuel Ezequiel. *Op. Cit.* p. 338.

23 Restrepo Tirado, Ernesto. *Op. Cit.* p. 549.

24 *Ibid.* p. 550 y 556.

por la cual fue reducido a prisión junto con otros vecinos, su suegro, el coronel Munive, don Manuel María Dávila y Venancio Granados. Sin embargo, lograron, en febrero de 1817, fugarse del castillo donde los tenían confinados y refugiarse en Jamaica y desde allí denunciar los excesos cometidos por las autoridades realistas contra cualquier vecino, pero en especial si era un emigrado que transitaba con pasaporte del virrey para acogerse al indulto publicado en Cartagena²⁸.

Ese espíritu de la milicia realista apostada en la ciudad de Santa Marta se vio reforzado con realistas desterrados de otras plazas, los cuales pasaban a formar el Estado Mayor y llenaban las plazas de jefes y oficiales. A lo anterior se agregó que, en las milicias samarias, ante falta de unidades pardas, dentro de las unidades milicianas, numerosos vasallos de posición oscura continuaban funcionando como oficiales blancos o criollos junto a "nobles" e "hidalgos". Esto generaba tanto la homogeneidad del cuerpo militar como un sentimiento de relativa igualdad. Cuadro completado con descripciones sociales como "distinguido", "honorable", "decente" o

sencillamente "bueno" tan comunes en las unidades de Santa Marta, al igual que en las de Guayaquil y Valledupar²⁹.

En fin, la sociedad samaria vivió todo este proceso haciendo suyos los elementos más relevantes de una mentalidad acumulativa durante la crisis de la independencia hispanoamericana: el provincialismo, el regionalismo y el nacionalismo. Por eso su élite dirigente consideraba lo más natural hacerle saber al resto de pueblos neogranadinos que:

" Santa Marta no ha obligado a ninguna provincia a que se obedezca o no a España [[sus]] procedimientos son obra de aquella a quien el hermano ha dado el ser, Lengua, Religión y Costumbres, ¿qué género de ingratitud habrá que a éste iguales??"³⁰.

Esos eran los términos de la constestación, a los señores Diputados del Congreso de las Provincias Unidas, del ilustre Cabildo, Justicia y regimiento de la ciudad de Santa Marta, en cuya imagen se percibían las huellas pálidas del viejo estilo colonial con su secular estatismo social y político.



29 Kueth, Allan J. Op. Cit. p. 371.

30 Sergio Elías Ortiz(Compilador), Colección de documentos para la historia de Colombia, (Bogotá, editorial Kelly, 1965), p. 294.

28 Restrepo Tirado, Ernesto. Op. Cit. p. 554.